

Los suicidios de la burguesía cubana y el dilema del futuro

Jesús Díaz

La burguesía cubana se ha suicidado cuatro veces. En 1825, en 1866, en 1895 y en 1959. Lo sorprendente es que haya podido renacer otras tantas, aunque sin ser capaz nunca, sin embargo, de articular y hegemonizar la nación. A los efectos de este artículo, motivado por la aparición de un libro admirable —*Cuba/España, El dilema autonomista, 1878-1898*, publicado por Marta Bizcarrondo y Antonio Elorza en la editorial Colibrí, de Madrid—, englobo bajo el término burguesía a las clases dominantes blancas, desde la sacarocracia de principios del siglo XIX hasta los industriales y banqueros de la primera mitad del XX.

Los tres suicidios del XIX tienen una causa principal: el miedo al negro y a la destrucción de riquezas que supondría una guerra de independencia. Aterrada ante la experiencia hatiana, la burguesía cubana optó siempre por solicitar reformas que el régimen colonial español jamás concedió. Antes al contrario, la Real Orden de 28 de mayo de 1825 instituyó el poder absoluto del Gobernador General de la Isla. Bizcarrondo y Elorza sostienen en el libro citado que: «El nombramiento del general Miguel Tacón, señor absoluto de la isla a partir del 1 de junio de 1834, y las sucesivas decisiones adoptadas en Madrid, que impiden primero la promulgación de la Constitución en Cuba y privan luego a la isla, en abril de 1837, de representación parlamentaria en las cortes marcan el comienzo de una nueva época destinada a durar en lo esencial hasta 1898».

En ese interregno estallaron tres guerras por la independencia, pero la burguesía cubana, obsesionada por mandar sobre una Cuba blanca y conservar la riqueza del país, no se sumó como clase a ninguna de ellas, aun cuando hubo entre sus filas honrosas excepciones individuales e incluso sectoriales. Las promesas de reformas con las que España consiguió terminar la guerra de los Diez Años (1868-1878), crearon expectativas de cambio pacífico y evolutivo en la Isla. Se inició entonces el período más brillante y trágico de la historia de la burguesía cubana, a cuyo estudio Bizcarrondo y Elorza dedican su libro, donde nos descubren el fascinante panorama de la Cuba que no pudimos heredar. Un país organizado para luchar por sus derechos y su progreso

pacíficamente, mediante la palabra, la razón y la ley, alrededor de partidos políticos. El período que va de 1878 a 1887 fue sin duda el más intenso de la burguesía cubana; en él hizo una crítica demoledora del sistema colonial de la Restauración, y logró articular y hegemonizar a buena parte de la población del país a través del Partido Liberal Autonomista, sus organizaciones, sus mítines electorales y sus varios y brillantes órganos de prensa.

Sin embargo, todo fue inútil. «A pesar de la riqueza acumulada en las clases dominantes a la largo del siglo XIX» —concluyen Bizcarrondo y Elorza—, «la incidencia de variables externas da lugar a un escenario de conflictos prácticamente irresolubles mientras los resortes del poder siguieran en manos españolas. Nos referimos fundamentalmente a la hegemonía abusiva de intereses privados peninsulares sobre los generales de la colonia, respaldada por el dominio que grupos españoles ejercen sobre sectores claves de la economía de la isla, y a continuación sobre el poder político. A la burguesía criolla le tocaba únicamente multiplicar los esfuerzos para quebrar ese círculo vicioso».

No pudo. El corrupto régimen colonial español de la Restauración no le dio la alternativa de conseguirlo por medios pacíficos, como lo hacía Inglaterra con Canadá. Y en 1895, cuando estalló la nueva guerra que el expolio colonial había hecho inevitable, la burguesía cubana no fue capaz de romper con sus ataduras y se suicidó políticamente por tercera vez al ponerse de parte de la metrópoli, y seguirla apoyando aun después de que la vesania de Valeriano Weyler estableciera en Cuba, como han recordado Joël Koteck y Pierre Rigoulot en *Le siècle des camps*, los primeros campos de concentración de los tiempos modernos.

A lo largo de la primera mitad del siglo XX, y pese a la preponderante presencia norteamericana, la burguesía cubana consiguió un asombroso renacimiento económico, llegando a tener una presencia mayoritaria en la industria azucarera y la banca, y absoluta en la industria tabacalera, la de bebidas alcohólicas, la prensa, la radio y la televisión, por ejemplo. Pero jamás consiguió articular, hegemonizar ni representar políticamente a la nación. Fue una clase social herida, acomplejada, incapaz de rescatar a fondo su propio intento de crear una tradición democrática, que ella misma se había encargado de desprestigiar. Confiada en la protección del paraguas norteamericano cedió las claves del poder —el aparato del estado y la organización de los partidos políticos— a la voracidad de caudillos populistas, el último de los cuales, Fidel Castro, retrotrajo a Cuba a la organización política absolutista típica de la colonia.

Después de Castro, Cuba cambiará, es inevitable. Sin embargo, la verdadera pregunta, implícita en El *dilema autonomista* es, ¿hacia dónde? La burguesía cubana ha protagonizado una verdadera hazaña al renacer por cuarta vez —económicamente, como siempre lo había hecho—, ahora en Miami. Pero el Miami cubano es blanco, y Cuba es cada vez más mestiza. No dudo del nacionalismo de nuestra burguesía, exacerbado incluso por la falta de un país, ni tampoco de que su capital, su *know how*, su probada capacidad de trabajo y su brillante desempeño empresarial son imprescindibles para la organización

de una nación cubana moderna. No dudo tampoco de sus intenciones. Dudo, eso sí, de su capacidad para reconocer y entender el país real con el que van a encontrarse, y de contribuir, a partir de los componentes históricos, raciales y culturales de éste, al desarrollo de una segunda república cubana verdaderamente democrática, resolviendo así, por primera vez, su dilema histórico. En todo caso, confío en que los cubanos seamos capaces de superar para siempre, y ojalá juntos, el terrible legado totalitario de nuestra historia colonial y contemporánea.

